



Introducción a la semana

Si en la semana anterior había alusiones al bautismo (en el diálogo con Nicodemo), en ésta hay referencias claras a la Eucaristía. El evangelio de Juan dedica gran parte del capítulo 6 a dos discursos de Jesús íntimamente relacionados entre sí: el discurso sobre el pan de vida y el discurso eucarístico. El primero de ellos es una llamada incitante a la fe en la persona de Jesús, que es quien sacia la verdadera hambre del ser humano, por encima de las necesidades materiales. A diferencia del maná que comieron los hebreos en el desierto y que sólo permitía vivir temporalmente, él es “el pan vivo bajado del cielo” enviado por el Padre para dar la vida al mundo, una vida imperecedera, la vida eterna: “el que coma de este pan vivirá para siempre”.

El segundo discurso empalma con éste con toda naturalidad, prolongando la promesa que hace Jesús al que tiene fe en él: “El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo”. Se trata no sólo de creer en él, sino también de alimentarse comiendo su cuerpo y bebiendo su sangre, es decir, participando en el banquete sacramental de la Eucaristía. Eso es lo que verdaderamente nos hace vivir de él, como él mismo vive de la vida del Padre: a través del sacramento, la misma vida de Dios, que reside en la persona de Jesús, corre copiosamente por nuestras venas y nos comunica su propia vitalidad.

Las lecturas de los Hechos de los Apóstoles nos hablan estos días de persecuciones y de expansión del Evangelio. Aquéllas motivan ésta: muchos cristianos huyen de Jerusalén llevando consigo su mejor tesoro, la experiencia y el mensaje de Jesús, para difundirlo gratuitamente también a los paganos (“Id al mundo entero y predicad”, había dicho él).

Celebramos esta semana al dominico san Antonino de Florencia, arzobispo de esta ciudad y destacado especialmente por el don de consejo. A san Juan de Ávila, escritor espiritual sospechoso en tiempos de la Inquisición y patrono del clero secular español. Y a san Matías, elegido por la comunidad para sustituir a Judas en el grupo de los Doce como testigo del Resucitado.

Lun
9
May
2011

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“La obra que Dios quiere es ésta, que creáis en el que él ha enviado.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 8-15

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba.

Entonces indujeron a unos que asegurasen:

«Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios».

Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, presentando testigos falsos que decían:

«Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés».

Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel.

Salmo

Sal 118, 23-24. 26-27. 29-30 R/. Dichoso el que camina en la ley del Señor

Aunque los nobles se sienten a murmurar de mí,
tu siervo medita tus decretos;
tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros. R/.

Te expliqué mi camino, y me escuchaste:
enséñame tus mandamientos;
instrúyeme en el camino de tus mandatos,
y meditaré tus maravillas. R/.

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu ley;
escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 22-29

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos. Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó:

«En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros.

Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios».

Ellos le preguntaron:

«Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?».

Respondió Jesús:

«La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado».

Reflexión del Evangelio de hoy

Predicar a Jesús y... sus consecuencias

Los primeros predicadores, entre ellos Esteban, de Jesús muerto y resucitado y de su mensaje, a sus hermanos judíos lo pasaron realmente mal. Éstos veían dicha predicación como un ataque frontal a la religión judía, a Moisés, al Templo, a la Ley... No fueron capaces de ver que Jesús entroncaba, al tiempo que superaba las tradiciones judías. Esteban y los primeros cristianos apoyándose en el Antiguo Testamento supieron dar el salto al Nuevo Testamento, a la novedad del mensaje de Jesús. Y no pudieron callarse, pese a las intrigas, insidias, falsos testigos, persecuciones, amenazas de muerte, porque para ellos Jesús era su vida, sin Jesús no había vida. “Juzgar si es justo ante Dios obedeceros a vosotros más que a él; porque nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído”.

¿Qué vamos buscando en Jesús?

Cuando nos acercamos a una persona siempre es conveniente preguntarnos qué es lo que nos mueve a ello. Cuando Jesús multiplica los panes y los peces para dar de comer a los que han ido a escucharle, y después de pasar a la otra orilla de lago Tiberiades, ve como una cuantas lanchas han hecho el esfuerzo de buscarle de nuevo atravesando el lago... dialoga con ellos y sus intenciones. Jesús piensa que han venido porque les ha saciado el hambre, que no vienen por él, por seguirle a él y vivir su mensaje. Jesús les invita a que busquen también y principalmente el alimento que perdura, el que él ha venido a traer a esta tierra, y que, ante todo y sobre todo, crean en él, que acepten su persona y todo lo que nos ha venido a regalar para vivir con emoción y sentido, antes de llegar a la plenitud de la vida, en la resurrección, que estamos celebrando estos días.

También nosotros, purificando nuestras intenciones, nos debemos preguntar qué vamos buscando en Jesús.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar 10
May 2011

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Juan de Ávila (10 de Mayo)

“Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos”

Primera lectura

En aquellos días, dijo Esteban al pueblo y a los ancianos y escribió:

«¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de ángeles y no la habéis observado».

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo:

«Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación:

«Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo:

«Señor, no les tengas en cuenta este pecado».

Y, con estas palabras, murió.

Saulo aprobaba su ejecución.

Salmo

Sal 30. 3cd-4. 6 y 7b y 8a. 17 y 21ab R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.
Yo confío en el Señor.
Tu misericordia sea mi gozo y mi alegría. R/.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
En el asilo de tu presencia los escondes
de las conjuras humanas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 30-35

En aquel tiempo, el gentío dijo a Jesús:

«¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó:

«En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Reflexión del Evangelio de hoy

En la primera lectura encontramos el famoso pasaje de los Hechos de Apóstoles que nos narra la ejecución y el martirio de San Esteban. Esteban es una de las figuras de primera fila del cristianismo primitivo. Esteban lanza una triple acusación fortísima contra los judíos: no observaron la Ley, persiguieron a los profetas y asesinaron al Justo. Esteban simplemente quiere hacerles ver una lectura de la realidad, la cual son incapaces de ver y de hacer: la gloria de Dios.

En cuanto al Evangelio, leemos el famoso pasaje del discurso del pan de Vida de Juan en el capítulo 6. Los contemporáneos de Jesús como siempre piden un signo para que creen en Él, un signo que certifique todo lo que predica. Los judíos creyeron en Moisés porque comieron el maná de la mano Moisés en el desierto cuando padecían hambre. Jesús reorienta la fe en Moisés de los judíos hacia Dios. No fue un pan que Moisés os dio, sino un pan venido del cielo de la mano del Padre. Este Pan es el que da la vida. Al final del evangelio, los judíos vuelven a pedirle un signo pero de otra manera: Señor, danos de ese Pan. Y Jesús le dice: Yo soy el Pan de la Vida.

Ambas lecturas reorientan nuestros ojos al ver la realidad. La Salvación, la Felicidad no viene de fuera, no es una realidad que se alcanza, sino que es un proceso que se desarrolla. La Salvación depende de cómo miramos la realidad, la vida... Experiencia de esto tenemos todos: antes unos mismos hechos, unos leen una cosa y otros leemos otras

cosas. ¿Cuál es la lectura acertada? Aquella que se hace desde los parámetros evangélicos y no desde nuestras propias debilidades. De aquí que Jesús diga: Yo soy el Pan de la Vida. Hacer una lectura de nuestra propia vida y de nuestra realidad con los ojos Jesús es comer el Pan de la Vida.

Por ello, la Eucaristía es un momento importante de la semana o de la jornada. Llevamos nuestra semana pasada o nuestro día pasado, lo presentamos en el altar para que Dios lo convierta en Pan de Vida y Bebida de Salvación. La Eucaristía conforma poco a poco nuestra mirada a la mirada de Dios.



Fray José Rafael Reyes González

Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

San Juan de Ávila

Una obra de Dios

[...] Es Dios quien hace los santos y en aquel siglo, especialmente en España fue, especialmente generoso, pues solamente entre los canonizados nos encontramos con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, con San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja, con Santo Tomás de Villanueva, San Pedro de Alcántara, San Luis Bertrán, San Diego de Alcalá. No pocos de ellos conocieron y veneraron a Juan de Ávila. A todos y a cada uno los llevó Dios por senderos distintos, aunque todos desembocaban en una misma meta: la santidad, es cierto que con irisaciones de diversos colores.

Y a Juan de Ávila le hizo «Maestro ejemplar para su pueblo. Para el pueblo de Dios, que no se contrapone a la jerarquía, sino que la incluye, porque hasta los pastores, como diría San Agustín, también son ovejas, son cristianos con los demás cristianos, necesitados de fe, esperanza y caridad. Y ese misterioso título de maestro que le acompañó siempre, no es un mero título académico, sino un reconocimiento unánime de un magisterio que iluminaba con sus luces a papas, obispos, concilio, sacerdotes y cristianos, escogidos o humildes miembros de aquellas masas que por esos pueblos de Andalucía y Extremadura escucharon su palabra encendida. Maestro viviente de sus coetáneos, y también de las generaciones siguientes a través de sus escritos, tan apreciados por San Francisco de Sales, por el cardenal Berulle, por San Antonio María Claret, por el cartujo Molina.

Y ¿de qué mimbres se hizo Dios un santo y maestro? De un hijo único de familia acomodada, nacido en Almodóvar del Campo; de un estudiante de Leyes en Salamanca o de Artes y Teología en Alcalá; de su misacantano, ya sin padres, que repartió sus bienes a los pobres (1526); de un misionero frustrado de América, que no pudo acompañar al obispo Garcés acaso por razones de raza; de un hombre que inició su pre-dicación en Sevilla y por unas frases audaces tuvo que habérselas con la Inquisición. No solamente salió indemne de aquella prueba, sino que de aquellos meses de cárcel salió enriquecido con una comprensión del misterio de Cristo, que será nota distintiva de su espíritu. Dios y la vida misma fueron marcando su sendero, un sendero en alguna manera atípico: su preparación universitaria parecía encaminarlo al episcopado, a alguna prebenda catedralicia, a alguna cátedra universitaria, a una parroquia importante. Nada de ello conformará su vida; o porque no le llegó, o porque lo excluyó personalmente. Si quisiéramos definirla, no podríamos hacerlo mejor que recordando el tan lacónico cuanto expresivo epitafio de su tumba: *Messor eram*. Fue un segador, en el sentido evangélico de la palabra. Y aun me atrevería a decir que más propiamente fue un sembrador. *Exiit qui seminat seminare semen suum*. Salió el sembrador a sembrar su semilla (Mt 13, 4). Su sementera comenzó en Sevilla (1528), siguió en Córdoba (1535), Granada (1536, 1539), Priego (1547), etc. A lo largo de estos años fundó tres colegios mayores universitarios y once menores. El de Baeza se transformó en universidad (1542); podría añadir, que en el primer Instituto de Pastoral. A punto estuvo de entrar en la Compañía de Jesús, donde iba a ser recibido como «arca del Testamento». Si lo hubiera hecho acaso no habría tenido que esperar cuatro siglos para alcanzar la gloria de la canonización. Pero no fue así, sino que, ya achacoso y enfermo, se retiró a esta Montilla, para aquí consumir sus últimos años, morir y ser sepultado (1554-1569).

Hombre de palabra

Su semilla, su único tesoro, era su palabra, una palabra saturada de meditación bíblica y caldeada en la oración, de la que salía «templado» para subir al púlpito. Predicó en ocasiones solemnes y en catedrales, y mucho más en templos rurales y en plazas. Sus sermones son ricos en doctrina, y al mismo tiempo realistas y acomodados al pueblo que le escucha. Instruye, persuade y conmueve, reprocha amorosamente el vicio de jurar, la explotación de los pobres, las injusticias de jueces y alcaldes, las deficiencias populares, los descuidos de los responsables de las familias, la ignorancia religiosa, etc. El año litúrgico con sus tiempos y fiestas (Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, Pentecostés, Corpus Christi, fiestas marianas o del santoral) le presta el marco para sus sermones. En ellos resuenan las verdades fundamentales, la redención, el misterio de Cristo, la gracia y el pecado, la conversión, etc., y cuando se dirige a sacerdotes, la vocación, el cumplimiento de los deberes pastorales, el ejemplo, la celebración eucarística, el celo pastoral.

Tiene el más alto concepto de la predicación, el misterioso ministerio de la palabra, «el medio para engendrar y criar hijos espirituales. «Faltando éste —dice—, qué bien puede haber sino al que vemos; que en tierras donde falta la Palabra de Dios —y de esto debía saber no poco por experiencia— apenas hay rastro de cristiandad». Se adelanta al Tridentino y sigue entre otros a Erasmo al asentar que la predicación personal es el deber principal de los obispos. Y en lógica consecuencia buscará los medios de formar predicadores según su espíritu, así como confesores: dos pilares del ministerio sacerdotal en los que debiéramos pensar.

«Maestro ejemplar por la santidad de su vida y por su celo apostólico». El texto litúrgico parece dissociar y acumular estos dos conceptos fundamentales del magisterio de Ávila. ¿Puede en un sacerdote darse santidad de vida sin celo apostólico, o celo apostólico sin santidad de vida? Juan de Ávila cree lo que dice y vive de ello; y dice lo que cree y tiene arraigado en su espíritu. Aun sin el color personal de sus afirmaciones, sus escritos segregan convicción profunda, autenticidad, no hábiles juegos literarios, llenos de erudición, pero desprovistos de ese quid misterioso que convierte

en sacramentales los escritos de los santos. «Predicador evangélico», lo llama a boca llena fray Luis de Granda en su deliciosa biografía de San Juan de Ávila (Vida del padre maestro Juan de Ávila. Edibesa, Madrid, 2000), «y limpio espejo de las propiedades y condiciones que ha de tener el que usa este oficio». Lo dice él, que algún tiempo compartió «una misma casa y mesa» y notó de cerca 'sus virtudes, el estilo y manera de su vida». La santidad del pastor, que es amor de Dios y amor de sus ovejas, se transforma necesariamente en celo apostólico. A propósito de su «amor entrañable a todos» dice fray Luis de Granada, que «cada uno pensaba que era el más privado de todos o singularmente amado. Porque así amaba a todos como si para cada uno tuviera un corazón, lo cual es propio del amor que se funda en Dios. [...]

Santos y sabios sacerdotes

El primer Memorial enviado al Concilio de Trento (1551) con lógica implacable y hondo realismo señala la meta de sus anhelos en punto a reforma. «Lo que este santo concilio pretende es el bien y reformedad de la Iglesia. Y para este fin, también consta que el remedio es la reformedad de los ministros de ella. Y como éste sea el medio de este bien que se pretende, se sigue que todo el negocio de este santo concilio ha de ser dar orden cómo estos ministros sean tales como oficio tan alto requiere. Pues sea ésta la conclusión: que se dé orden y manera para educarlos que sean tales; y que es menester tomar el negocio de más atrás y tener por cosa muy cierta que, si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacerlos; y si quiere tener gozo de buenos médicos de las almas, ha de tener a su cargo de los criar tales y tomar el trabajo de ello. Y si no, no alcanzará lo que desea», Y líneas más tarde recalca la conclusión apuntada, sin duda ni escrúpulo: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otra manera es gran necedad». Así de claro y contundente habla San Juan de Ávila al Concilio.

Esperaba que el Concilio diese orden de cómo los sacerdotes fuesen tales como su ministerio requería. Mas, dar orden era mucho más que dar órdenes. El Concilio, los concilios anteriores, los sínodos diocesanos y provinciales precedentes, llevaban un siglo dictando preceptos y cánones, reiteradas leyes, acompañadas de censuras graves, que tantas veces resultaban papel mojado, y de ahí su reiteración. La santidad no brota por decretos positivos, ni menos bajo amenaza de penas. Mucho había meditado San Juan de Ávila sobre este empeño infructífero de la Iglesia y su meditación le conducía a una conclusión pesimista:

«El camino usado de muchos para reformedad de comunes costumbres suele ser hacer buenas leyes y mandar que se guarden so graves penas; lo cual hecho, tienen por bien proveído el negocio. Mas, como no haya fundamento de virtud en los súbditos para cumplir esas buenas leyes, y por esto les son cargosas, han por esto de buscar malicias para contraminarlas, y disimuladamente huir de ellas o advertidamente quebrantarlas. Y como el castigar sea cosa molesta al que castiga y al castigado, tiene el negocio mal fin, y suele parar en lo que ahora está: que es mucha maldad con muchas y muy buenas leyes.»

No faltaban buenas leyes emanadas de papas, sínodos, concilios. Y en verdad no podemos despreciarlas. Al fin representan una cota de exigencia, una aspiración y deseo, refrendados por altas instancias. Mas la recepción fructífera de las leyes o, de otra manera, su cumplimiento y eficiencia, encontraban fuerte resistencia en la falta de voluntad de cumplirlas así como en costumbres inveteradas y difíciles de cambiar.

«¿Qué mejores leyes —dice más adelante— puede haber que las que hay hechas cerca de la santidad, y letras y régimen de toda la Iglesia? ¡Qué de penas están puestas para los transgresores de esas buenas leyes! Y con todo esto, no hay quien ignore cuán malos, cuán ignorantes y desordenados estamos los eclesiásticos.»

Trento había mandado que los curas explicasen el Evangelio a sus parroquianos. Los más no lo entienden —dice Ávila—, «y hay algunos de tal vida, y conocida por tal, que no osarán hacer esto; o si lo hacen, se seguirá más escarnio de ellos o de lo que predicán, que daño de no predicar. Y habrá muchos parroquianos que solamente por no oír declarar el Evangelio por personas de quien tan mal concepto se tiene, dejarán de ir a la Iglesia a la misa». Razón tiene al decir que «aprovecha poco mandar bien, si no hay virtud para ejecutar lo mandado».

Y los achaques del mandar afectan al propio concilio, que solamente podrá ser fecundo si encuentra sujetos bien dispuestos que acepten sus directrices: «Si quiere, pues, el sacro concilio que se cumplan sus buenas leyes y las pasadas, torne trabajo, aunque sea grande, para hacer que los eclesiásticos sean tales, que more en ellos la gracia de la virtud de Cristo; lo cual alcanzado, fácilmente cumplirán lo mandado. Mas, aquí es el trabajo y la hora del parto, y donde yo temo nuestros pecados y la tibieza de los mayores —alude a los obispos—. Que como hacer buenos es negocio de gran trabajo, y los mayores, o no tienen ciencia para guiar esta danza, o caridad para sufrir cosa tan prolija y molesta a sus personas y haciendas, conténtanse con decir a sus inferiores: "Sed buenos; y si no, pagármelo heis"; y no entienden en ayudarles a serlo. Porque el mandar es cosa fácil y sin caridad se puede hacer; mas el llevar a costas flaquezas ajenas con perseverante corazón de las remediar e hacer fuerte al que era flaco, pide riqueza de caridad... Y pues los preladados con clérigos son como padres con hijos, prevéanse el papa y los demás en criar a los clérigos como a hijos, con aquel cuidado que pide una dignidad tan alta como han de recibir. Y entonces tendrán mucha gloria en tener hijos sabios y mucho gozo y descanso en tener hijos buenos, y gozarse ha toda la Iglesia con buenos ministros». Ardua era la tarea de lograr clérigos en que quepan las buenas leyes que están hechas y se han de hacer. Sin ello no duraba reforma alguna, 'por no tener fundamento».

Todo el programa de reforma de San Juan de Ávila apunta primordialmente a la elevación del nivel humano, intelectual y espiritual del sacerdocio. Por ello mismo estima que debiera ser el objetivo principal del concilio. Pero con enorme realismo afirma que es menester «tomar el negocio de más atrás». Más aún, tiene por cosa muy cierta que, «si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacerlos,... y si no, no alcanzará lo que desea». Afirmación clara que debiera gravitar o, mejor, estar escrita en letras de oro en nuestros seminarios», como aquellas otras del mismo escrito en que dice: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otra manera es gran necesidad».

Él fue el que, adelantándose a la célebre decisión del concilio en su última etapa, sugirió la necesidad de crear uno o más colegios en cada obispado que se dedicasen a esta labor fundamental. En ellos se educarían en honestidad de vida y recogimiento, en estudiar para convertirse en maestros y edificaciones de las almas. Más aún, piensa en una educación especial para los que se destinen a confesores y predicadores, oficio muy olvidado, aunque sea el instrumento para «engendrar y criar hijos espirituales». Se ha de cuidar mucho la selección de los candidatos, estrechar el acceso al sacerdocio, admitir para él solamente a los hábiles, no ordenar a nadie sin la debida preparación. Y él, universitario de Salamanca y Alcalá y amigo de las letras, se muestra prevenido contra las letras sin santidad: «Por experiencia conocen todos casi nunca haber dañado a la Iglesia el sacerdote selecto que no fuese letrado ni rico ni alto, y siempre le dañó mucho la malicia armada de letras y de dignidad».

Con el mismo realismo y buen sentido propone los medios económicos que sirvan para la creación de estos colegios o seminarios, algo que ni hizo debidamente el Concilio de Trento. Y así su mandato de creación de seminarios, algo que por sí sólo hubiese justificado aquel concilio en opinión de un historiador, no se vio secundado por un cumplimiento generalizado. Uno y dos y más siglos tardaron algunas diócesis es-pañolas en cumplir este precepto tan vital. Un sacerdocio difícil y heroico debía ser el horizonte de los candidatos. Y no está conforme San Juan de Ávila, él de vida tan austera, con el común parecer de su época, de que convenía que los eclesiásticos fuesen ricos y autorizasen sus personas con signos externos que las hiciesen respetables. Algunos pensaban que tal apariencia era conveniente a la honra de Cristo y de la Iglesia, como por ejemplo fray Melchor Cano.

Si esto fuese verdad –dice Ávila–, habría que concluir que Cristo no la honró, pues se trató al revés de lo que éstos suponen. «La honra de los ministros de Cristo es seguir a su Señor no sólo en lo interior, sino también en lo exterior». Y si no fuese suficiente el criterio evangélico, apela al juicio certero del pueblo: si quisieran «oír lo que dice de ellos el vulgo". Si lo escuchasen debidamente, «no dirían que con estas cosas son ellos estimados y, mediante ellos, la Iglesia; antes entendieran cómo por esto son desestimados y tenidos por profanos y juzgados por malos, aun de los muy ignorantes". Vida sin mendicidad ni riquezas propone San Juan de Ávila para los eclesiásticos. La estimación debida de los mismos obispos no consiste en las pompas «que ellos llaman honra de la Iglesia»; han de buscar otros caminos por los que merecen la estimación y la Iglesia por ellos. Es una idea muy erasmiana y Ávila, alumno de Alcalá, tuvo ocasión de leer a Erasmo, quien remite la «sublimitas» episcopal al modelo apostólico, y no a palacios y carrozas, como ocurría en su tiempo.

Muchas más cosas podrían decirse de este celo reformista de San Juan de Ávila, convencido como estaba de que la causa de los males y herejías de su tiempo era en buena parte efecto de los pastores negligentes y de falsos profetas o falsos enseñadores, brillantes pero vacuos, sin tener en cuenta cómo edificar el corazón con aumento de fe, esperanza y caridad, condescendientes con vicios y vanidades, responsables de que la gente haya perdido la estima de ellos y luego la fe misma en la Iglesia. Y ¿cómo no había de pensar así quien asienta como un axioma: «Ordenanza es de Dios que el pueblo esté colgado en lo que toca a su daño o provecho, de la diligencia y cuidado del estado eclesiástico»?

No voy a dar un repaso a las múltiples iniciativas pastorales concretas de San Juan de Ávila, positivas las más, como las encaminadas a suscitar una amplia labor catequética de niños y adultos, sobre niños y escuelas, sobre catecismos en lengua vulgar, educación de niños pobres, huérfanos y perdidos, especial atención a los campesinos, libros de lecturas, culto a la Eucaristía y comunión frecuente, sobre la vida consagrada de religiosos y religiosas; negativas otras, esto es, encaminadas a corregir abusos cerca del matrimonio, de la facilidad con que se admitía a la primera tonsura, de los derechos de las audiencias, de las exenciones, de las composiciones que amparan hurtos y engaños, de las indulgencias por cosas ligeras, de las excesivas excomuniones por causas livianas.

José Ignacio Tellechea Idígoras

“Yo soy el pan vivo bajado del cielo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 1b-8

Aquel día, se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén; todos, menos los apóstoles, se dispersaron por Judea y Samaria. Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron gran duelo por él. Saulo se ensañaba con la Iglesia; penetraba en las casas y arrastraba a la cárcel a hombres y mujeres. Al ir de un lugar para otro, los prófugos iban difundiendo el Evangelio. Felipe bajó a la ciudad de Samaria y predicaba allí a Cristo. El gentío escuchaba con aprobación lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría.

Salmo

Sal 65, 1-3a. 4-5. 6-7a R. Aclamad al Señor, tierra entera

Aclamad al Señor, tierra entera;
tocad en honor de su nombre,
cantad himnos a su gloria.
Decid a Dios: «¡Qué terribles son tus obras!» R/.

Que se postre ante ti la tierra entera,
que toquen en tu honor,
que toquen para tu nombre.
Venid a ver las obras de Dios,
sus temibles proezas en favor de los hombres. R/.

Transformó el mar en tierra firme,
a pie atravesaron el río.
Alegrémonos con Dios,
que con su poder gobierna enteramente. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 35-40

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: - «Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed; pero, como os he dicho, me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Entiendes lo que estás leyendo?”

Este pasaje es un ejemplo vivo de cómo debemos evangelizar hoy:

En la última exhortación apostólica del Papa “Domini Verbum”, trae a la memoria una frase de su antecesor, el hoy ya Beato, Juan Pablo II: “Hay que anunciar el evangelio a los que no lo conocen, pero en nuestra sociedad, hay muchos cristianos, bautizados no debidamente evangelizados”. Es muy importante la recepción de los sacramentos, son el cauce por donde nos llega la gracia que nos ganó Cristo, pero si no conocemos el valor de la misma, nos asemejamos a quien posee una perla preciosa y desconoce su gran valor, no la aprecia.

Como Felipe, debemos estar atentos a las inquietudes de los otros para llegar a nuestros interlocutores; él: parte del interés del eunuco, y lo lleva al conocimiento de Cristo; le ayuda a entender el Antiguo Testamento a la luz del acontecimiento de Cristo centro y culmen de la S. Escritura; anuncia con entusiasmo, convence al eunuco y no pone trabas cuando le pide ser bautizado.

No nos cansemos de anunciar a Cristo, con la palabra y con la vida

“Yo soy el pan vivo bajado del cielo”

Cristo invita a su mesa a todos, Él es el Pan de vida que ha bajado del cielo, el único camino para llegar al Padre, pero, para acercarnos a El, necesitamos la fuerza del Espíritu que nos ha sido dado y sigue actuando en nosotros.

Cristo, Palabra eterna que vive desde el principio en Dios, ha bajado del cielo para darnos vida, su propia vida dándonos a comer su carne y beber su sangre. Compara este alimento con el maná que comieron en el desierto diciendo que aquellos murieron, pero el que come su carne y bebe su sangre no morirá pues nos da su propia vida, la vida eterna, la eucaristía es prenda de nuestra futura resurrección. Cristo resucitado, nos invita a resucitar con Él. Todos los hombres somos invitados al banquete de la Eucaristía, a resucitar con Cristo, pero no todos tienen conocimiento de ello, por eso urge la evangelización a todos los pueblos para que conozcan a Cristo único camino, verdad y vida.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Jue
12
May
2011

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 26-40

En aquellos días, un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo:

«Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto».

Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías.

El Espíritu dijo a Felipe:

«Acércate y pégate a la carroza».

Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó:

«¿Entiendes lo que estás leyendo?».

Contestó:

«Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?».

E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este:

«Como cordero fue llevado al matadero,
como oveja muda ante el esquilador,
así no abre su boca.

En su humillación no se le hizo justicia.

¿Quién podrá contar su descendencia?

Pues su vida ha sido arrancada de la tierra».

El eunuco preguntó a Felipe:

«Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?».

Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco:

«Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?».

Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría.

Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea.

Salmo

Sal 65, 8-9. 16-17. 20 R/. Aclamad al Señor, tierra entera

Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,
haced resonar sus alabanzas,
porque él nos ha devuelto la vida
y no dejó que tropezaran nuestros pies. R/.

Los que teméis a Dios, venid a escuchar,
os contaré lo que ha hecho conmigo:
a él gritó mi boca
y lo ensalzó mi lengua. R/.

Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica
ni me retiró su favor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 44-51

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, Y yo lo resucitaré en el último día.

Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí.

No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Reflexión del Evangelio de hoy

Sólo algún tiempo después de resucitar Jesús y enviar a sus apóstoles a hacer discípulos suyos de todas las gentes, hoy los Hechos nos presentan al diácono Felipe implantando la Iglesia en el Sudán actual, al sur del Nilo, en pleno corazón del continente africano. Sucedió en el camino que va de Jerusalén a Gaza, en medio del desierto, mientras el etíope regresaba en su carroza hacia su casa.

Jesús, en el Evangelio, continúa su discurso en la sinagoga de Cafarnaúm, haciendo hincapié en ideas anteriores como la de la fe en él como condición para tener vida, y añadiendo otras nuevas, como el modo de llevar el Padre a los humanos hacia Jesús –“nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no le atrae”-, y la oferta de su persona como alimento: “El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”.

“Quien me ve a mí, está viendo al Padre” (Jn 14,9)

El mismo Juan nos había dicho “A Dios nadie le ha visto jamás” (Jn 1,18). Hoy nos lo vuelve a repetir: “No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que viene de Dios”. Pero, más tarde, completa y explica la idea cuando dice: “Quien me ve a mí, está viendo al Padre”. Y quien le oye a él, está oyendo al Padre.

Lo primero que hoy nos pide Jesús es escuchar al Padre: “Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí”. Escuchar al Padre exige, de entrada, silencio y disponibilidad. Así le escuchó María cuando le habló por medio del ángel. Escuchar al Padre significa despojarnos de nuestras máscaras habituales para, viéndonos como somos, poder confrontarnos con el perfil pensado y esperado por Dios para nosotros. Hay que escuchar al Padre, iluminados con la luz del Espíritu Santo, para discernir acertadamente las luces y sombras en nuestros días.

Y, además de escuchar, hay que aprender. Hay que aceptar interiormente e intentar ejecutar personal y comunitariamente lo escuchado y aceptado. Sólo así habrá armonía en nosotros y coherencia ante cuantos nos contemplan.

“El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo”

La otra novedad en el Evangelio de hoy. Un pan con capacidad no sólo de saciar sino de dar vida. Las palabras de Jesús son terminantes: “El que coma de este pan vivirá para siempre”. Palabras compatibles con la muerte temporal, pero incompatibles con la eterna. Compatibles con sufrimientos, cansancios, carencias e incoherencias propias de los humanos, pero incompatibles con el desánimo, el derrotismo y la pereza. Porque, en este pan tenemos vida. Pero, la eucaristía no es magia. No se puede “comer” sin creer, lo mismo que no se puede creer sin vivir en consonancia con ese credo. “El que cree en mí –nos recuerda hoy Jesús- tiene vida, y vida eterna”.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Vie
13
May
2011

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Saulo, el Señor Jesús me envió a ti para que recobres la vista y

quedes lleno del Espíritu Santo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 1-20

En aquellos días, Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres.

Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor.

Cayó a tierra y oyó una voz que le decía:

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Dijo él:

«¿Quién eres, Señor?».

Respondió:

«Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer».

Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber.

Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión:

«Ananías».

Respondió él:

«Aquí estoy, Señor».

El Señor le dijo:

«Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista».

Ananías contestó:

«Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre».

El Señor le dijo:

«Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre».

Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo:

«Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo».

Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado.

Comió, y recobró las fuerzas.

Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Salmo

Sal 116, 1. 2 R/. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio

Alabad al Señor, todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos. R/.

Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 52-59

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?».

Entonces Jesús les dijo:

«En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Reflexión del Evangelio de hoy

La inteligencia colectiva es una forma de inteligencia que surge de la cooperación sinérgica de varios seres vivos. Es un proceso que se da muy frecuentemente en la naturaleza, no es exclusivamente humano. Esta estrategia de colaboración mejora la comprensión de una determinada situación o realidad superando el riesgo de los sesgos cognitivos individuales. Al leer las lecturas de hoy, una vez más tenemos la sensación de que Dios Padre-Madre camina por delante (especialmente en este tiempo de Pascua le sabemos esperándonos en nuestras Galileas) presentándonos a través de la palabra algo parecido a esta idea de inteligencia colectiva, que si bien no es nueva, siempre goza de plena vigencia por ser plenamente humana: nos necesitamos unos a otros para comprender-nos más y mejor. ¿Qué es la conversión sino una nueva y más amplia comprensión de nosotros mismos? Debemos de ser capaces de comenzar a practicar es suerte de “inteligencia colectiva” de la que hablábamos al principio para poder dar el paso de la observación a priori, pegada a lo literal “¿Cómo este hombre puede darnos a comer su carne? o como decía Nicodemo: ¿Acaso puede un hombre por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?” o de lo fácil de definir, de la ideas preconcebidas de nosotros mismos y de lo que nos rodea, a lo que hay detrás, a lo que puede implicar más de lo que vemos y oímos, a la realidad que es capaz de irrumpir con fuerza y superar nuestra propia imagen y el marco donde nos hemos colocado y colocamos a otros.

Pablo se concibe a sí mismo preso de ese sesgo cognitivo individualista que, en aras de hacer el bien, ejerce las mayor de las atrocidades, anular la vida de otros. Ese peligroso pensamiento de grupo accede a llevar a cabo acciones consensuadas socialmente, sin ser demasiado consciente de las consecuencias de no haberse dejado interpelar por lo que hay detrás de cosas, por lo que de verdadero hay en las opciones de las personas con las que convivimos y con las que nos encontramos. Por eso cuando Jesús le sale al encuentro en el camino y le cuestiona “¿Saulo, Saulo, por qué me persigues?, su sorpresa es tal que le deja físicamente extenuado y sobrecogido. El verdadero potencial de su vida ha irrumpido en su rutina por medio de la intercesión de Jesús y de los otros “lo tomaron de la mano y lo llevaron a Damasco”, después también con la presencia de Ananías y, desde ese momento, lo que era singular se convierte en plural y su percepción de la realidad es radicalmente distinta, se comprende a sí mismo de una forma mucho más amplia y mejorada, más inteligente. A su vez, Ananías también parece llamado a superar los límites de su concepción de Pablo, es invitado a ver en el percibido como perseguidor y amenazante a un ser renovado con capacidad para dar vida y entregarse, de ser instrumento de paz. Nadie quedamos fuera de esa fuerza que nos saca de los límites que nos imponemos.

Dios Padre-Madre siempre dispuesto a flexibilizar y ensanchar nuestra mente, nuestra inteligencia de lo que significa Ser Feliz, siempre dispuesto a alertarnos acerca de las trampas que nosotros mismos ponemos a nuestra felicidad, que no es otra que transitar juntos tierra de conversión para que permanezca en nosotros la carne de su carne, el Amor y la Vida. ¡Feliz Pascua!



Comunidad El Levantazo
Valencia

Sáb Evangelio del día

14

May

2011

Tercera Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Matías (14 de Mayo)

“Soy yo quien os ha elegido.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 1, 15-17. 20-26

En aquellos días, Pedro se puso en pie en medio de los hermanos (había reunidas unas ciento veinte personas) y dijo: «Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho, en la Escritura, acerca de Judas, el que hizo de guía de los que arrestaron a Jesús, pues era de nuestro grupo y le cupo en suerte compartir este ministerio.

Y es que en el libro de los Salmos está escrito: «Que su morada quede desierta, y que nadie habite en ella», y también: «Que su cargo lo ocupe otro».

Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie a nosotros como testigo de su resurrección».

Propusieron dos: José, llamado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. Y rezando, dijeron:

«Señor, tú que penetras el corazón de todos, muéstranos a cuál de los dos has elegido para que ocupe el puesto de este ministerio y apostolado, del que ha prevaricado Judas para marcharse a su propio puesto».

Les repartieron suertes, le tocó a Matías, y lo asociaron a los once apóstoles.

Salmo

Sal 112, 1-2. 3-4. 5-6. 7-8 R/. El Señor lo sentó con los príncipes de su pueblo

Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre. R/.

De la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.
El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos. R/.

¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra?. R/.

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 15, 9-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor.

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento:

que os améis unos a otros como yo os he amado.

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando.

Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca.

De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros».

Reflexión del Evangelio de hoy

Echaron suertes, le tocó a Matías y lo asociaron a los once apóstoles.

Después de la Resurrección, Jesús sigue llamando a nuevos discípulos suyos. Hoy llama a Matías para ocupar el puesto que Judas dejó vacante.

En la mentalidad hebrea, el número 12 era muy importante porque hacía referencia a las 12 tribus de Israel. Los 11 apóstoles, como nuevo pueblo de Dios necesitaban de otro testigo, enviado por el Señor. Las 120 personas reunidas son también múltiplo de 12. La semilla se ha multiplicado y ha dado el ciento por uno.

Pedro ejerce su primacía poniéndose de pie en medio de sus hermanos y explicando el motivo de la convocatoria. Tenía poder para haber elegido “a dedo”, pero prefirió echarlo a suertes, después de haber hecho oración, apoyándose en la autoridad de una profecía contenida en un salmo de David.

La única condición que presenta es que fuera un candidato que acompañara a Jesús desde el inicio de su misión hasta el día de su ascensión y esto es lo único que conocemos de Matías. Como dice el salmo: “El Señor levanta del polvo al desvalido para sentarlo con los príncipes de su pueblo”. También nosotros somos elegidos por el Señor para formar un pueblo de reyes y sacerdotes, que siguiendo los pasos de Jesús reinaremos desde el servicio a los hermanos. Alabemos al Señor que alza de la basura al pobre para sentarlo en su mesa.

Soy yo quien os ha elegido

El evangelio de San Juan es tan denso que se podría escribir un libro hablando del mandamiento del amor, pero lo que nos interesa es hacerlo vida.

Jesús nos ama como su Padre nos ha amado. Aquí estamos hablando de un amor divino que va más allá del amor humano, que es capaz de entregarse cuando te hieren, capaz de sacrificarse por el hermano que te rechaza... y Jesús nos cuenta esto para que nuestra alegría llegue a plenitud. Él dio su vida por sus amigos porque en su corazón manso y humilde no había enemigos. Tampoco nos llama siervos porque nos ha engendrado en la ley de la libertad y no se ha reservado nada.

Él es quien nos elige y nos envía, como hizo con Matías que no se cansó de permanecer en su amor, hasta dar su vida por sus hermanos. Todo lo que pedía al Padre en el Nombre de Jesús se lo concedía, dándole gracias y alabándole por haberle elegido como instrumento de salvación, para gloria de Dios Padre.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

San Matías

Apóstol (siglo I)

Su nombre es una abreviación de Matatías, que vendría a significar «don de Yahvé». Se puede decir que, por esta vez, el nombre de la persona responde plenamente a su historia personal y social, San Matías es un don del Espíritu a la Iglesia de Jesús para llenar el puesto que había sido dejado vacío por Judas Iscariote (cf. Mt 27, 3-10) en el colegio de los apóstoles de Jesús.

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos refiere cómo después de la Ascensión, Pedro reunió al pequeño grupo de los discípulos para que eligieran a un suplente del traidor (cf. Hch 1, 15-26). Judas, en efecto, había ido a acabar con su vida en el campo que había comprado «con el precio de su iniquidad». Un campo que desde entonces se llamaría Haqueldamá, es decir, «Campo de Sangre».

El candidato habría de ser uno que hubiera «seguido» a Jesús durante el ministerio de su vida pública y precisamente desde el bautismo de Juan y hasta el día en que había sido llevado de entre los suyos. El seguimiento era la categoría fundamental del discipulado y se convierte, en consecuencia, en la condición indispensable para ocupar el puesto ahora vacío.

Por otra parte, el discurso de Simón Pedro deja bien claro que el elegido ha de ser un «testigo» de la resurrección del Señor. De este modo, Matías se convierte en el paradigma de todo apóstol de Jesucristo. El seguimiento del Maestro y el testimonio de su vida resucitada han de ser las claves para el discernimiento de todo apostolado, a través de los siglos.

Los ciento veinte «hermanos», con que contaba la Iglesia naciente de Jerusalén, presentaron a dos candidatos. Uno de ellos, José, llamado Barsabás o «hijo de Sabas», era también conocido con el apelativo de «el Justo». El otro era Matías, del cual no se nos ofrece ningún dato biográfico.

La elección tiene lugar tras una oración comunitaria, que el texto resume para los futuros lectores: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse a donde le correspondía» (Hch 1, 24-25).

Por otra parte y como era habitual, la elección se realiza por medio de la apelación a la suerte: echaron suertes, bajo la guía del Espíritu. Contra todos los pronósticos, el designado por la suerte no es «el Justo», sino el otro. El episodio, aparentemente anecdótico, se ha convertido en lección y categoría para la Iglesia. Como se ve a través de tantos relatos bíblicos, los juicios de Dios no siempre coinciden con los juicios humanos. Efectivamente, Dios conoce los corazones. Una vez más, es elegido el que parece menos apropiado según la prudencia humana.

La Liturgia de las Horas nos ofrece en el día de hoy algunos pasajes tomados de una homilía de San Juan Crisóstomo sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles, en la que se comenta precisamente la elección de San Matías, siguiendo paso a paso el texto bíblico:

«Hermanos, tenemos que elegir de entre nosotros. Acepta el parecer de los reunidos, y al mismo tiempo honra a los que son elegidos, e impide la envidia que se podía insinuar. ¿No tenía Pedro facultad para elegir a quienes quisiera? La tenía, sin duda, pero se abstiene de usarla, para no dar la impresión de que obra por favoritismo. Por otra parte, Pedro aún no había recibido el Espíritu Santo.

«Propusieron —dice el texto sagrado— dos nombres: José, apellidado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. No es Pedro quien propone los candidatos, sino todos los asistentes. Lo que sí hace Pedro es recordar la profecía, dando a entender que la elección no es cosa suya. Su oficio es el de intérprete, no el de quien impone un precepto.»
Más adelante, el Crisóstomo se fija en la exigencia de que el elegido ha de ser testigo de la resurrección de Jesús, y comenta: -No dice: Testigo de las demás cosas, sino Testigo de la resurrección de Jesús. Pues merecía mayor fe quien podía decir: "El que comía, bebía y fue crucificado, este mismo ha resucitado". No era necesario ser testigo del período anterior ni del siguiente, ni de los milagros, sino sólo de la resurrección. Pues aquellos otros hechos habían sido públicos y manifiestos; en cambio, la resurrección se había verificado en secreto y sólo estos testigos la conocían». San Juan Crisóstomo no deja de subrayar el papel que la oración de los reunidos juega ante el momento decisivo de la elección: -No dicen: elige; sino: muéstranos a cuál has elegido, pues saben que todo ha sido prefijado por Dios».

Nada más sabemos sobre el origen, sobre el ministerio o sobre las circunstancias de la muerte de Matías. Eusebio de Cesarea, en su Historia Eclesiástica (siglo IV), asegura que Matías fue uno de aquellos 70 ó 72 discípulos que Jesús envió en una primera misión evangélica. Una leyenda lo hace natural de Belén y otra tradición, que carece de fundamento sólido, identificó a San Matías con Zaqueo.

Incluso sobre sus reliquias ha existido un contencioso histórico. pues han sido reivindicadas por la basílica de Santa María de Tréveris, adonde habrían sido llevadas por Santa Elena, y por la de Santa María la Mayor, de Roma, en la que se encuentra un mosaico de finales del siglo XIII que representa la predicación de este apóstol.

De todas formas, el apóstol san Matías es para los cristianos una especie de icono del apóstol de Jesucristo. Como él, el cristiano se sabe elegido gratuitamente por el Dios que conoce la interioridad de las personas. Como él, ha de vivir la dinámica del seguimiento de Jesús y ser testigo de su resurrección. Como él, es acogido por la oración de la comunidad y destinado a integrarla de forma viva y activa. Como a San Matías, a todo cristiano es confiado el tesoro del Evangelio para que lo difunda por el mundo.

José-Román Flecha Andrés

El día **15 de Mayo de 2011** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).